

**DISCURSO DE RECEPCIÓN COMO
ACADÉMICO DE HONOR NUMERARIO
DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. D.
JUAN JOSÉ ASENJO PELEGRINA,
ARZOBISPO EMÉRITO DE SEVILLA**

Leído en la sesión pública y solemne
celebrada el 24 de enero de 2023

***La via pulchritudinis*, sacramento del encuentro con Dios**

Saludo al Excmo Sr. Presidente de esta Real Academia y a todos sus miembros. Saludo al Excmo. Sr. Arzobispo Metropolitano de Sevilla D. José Ángel Saiz Meneses, al Excmo. Sr. Presidente de las Reales academias de Andalucía, a las excmas. e ilustrísimas autoridades que nos acompañan y a tantos amigos como han tenido la deferencia de asistir a esta solemne sesión. Agradezco a la Real Academia la distinción que me ha otorgado. Como ha afirmado el Sr. Presidente se ha tenido en cuenta mi larga relación con el patrimonio de la Iglesia como Delegado de Patrimonio de mi diócesis de origen, Sigüenza -Guadalajara, y mi etapa como Presidente de la comisión episcopal para el patrimonio cultural de la CEE. También se ha considerado mi servicio al patrimonio de esta querida archidiócesis de Sevilla en los doce años que la he servido como arzobispo metropolitano.

1. El título de mi intervención es *La via pulchritudinis, sacramento del encuentro con Dios*. Me lo sugirió la *Carta del papa Juan Pablo II a los artistas*, de abril de 1999, en la que expresaba su convicción de que el arte cristiano es como un sacramento que nos desvela los misterios de la fe¹. En los últimos decenios se ha redescubierto la verdadera naturaleza del patrimonio artístico de la Iglesia. Se trata de un conjunto de bienes nacidos de un impulso teologal.

2. El patrimonio cultural de la Iglesia nace en primer término con una finalidad *doxológica*, es decir, de acuerdo con la etimología griega de la palabra, para la alabanza y la glorificación de Dios. El arte sacro exalta la majestad y la gloria de Dios, su amor y misericordia, que están en el origen del mundo creado y redimido. Los bienes culturales de la Iglesia cantan las mara-

¹ SAN JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, de 4 de abril de 1999, n. 12.

villas obradas por el Dios creador y redentor. Por ello, narran plásticamente la Historia de la Salvación para que cuantos los contemplan se sientan movidos a la alabanza y glorificación del amor y la misericordia del Padre, que se nos ha manifestado en Jesucristo.

3. Los retablos e imágenes, iconos y pinturas están al servicio de este fin. La platería que labra los vasos sagrados y modela y repuja los ostensorios y custodias para la adoración del Santísimo Sacramento, no tiene por finalidad la confección de objetos de arte cuyo único sentido es su propia belleza artística. Plata, oro y piedras preciosas tienen la función de mover a la glorificación y adoración del Señor presente en la Eucaristía².

4. La gloria de Dios es el móvil que mejor explica el origen de nuestras catedrales, de nuestros templos, de nuestros retablos, más que los móviles estéticos o decorativos. Así lo entendían en el pasado patronos y mecenas, maestros y artesanos, convencidos de que Dios merece siempre lo mejor. El alma de nuestras catedrales no termina en su condición de yunque en el que se han forjado muchas ideas estéticas y no pocos estilos artísticos, ni en su condición de corazón de la ciudad y elemento configurador de los burgos medievales. La catedral no es simplemente la *gloria et splendor civitatis*³, como calificara a la catedral de Chartres un viejo cronista medieval. Es sobre todo la *gloria et splendor Dei*.

5. Así lo entendía también el pueblo sencillo. La participación admirable de los fieles en la edificación de los recintos religiosos se concretó en múltiples limosnas, donación de terrenos o materiales de construcción, o prestaciones personales. Está bien documentado el fenómeno conocido como “*la devoción de las carretas*”, que tuvo un auge extraordinario durante la construcción de la fachada principal de la catedral de Chartres en los comienzos del siglo XIII y que se extendió por toda Francia. En un clima de fervor religioso, de cantos y rezos, hombres, mujeres y niños de humilde condición se aliaron con personajes de la nobleza y de la burguesía emergente para sustituir a los bueyes que tiraban de los carros que transportaban los materiales de construcción⁴.

6. A veces aparecen visiones prevalentemente económicas a la hora de programar las actuaciones tendentes a la restauración de los edificios

² MONS. ADOLFO GONZÁLEZ MONTES, *Discurso de Clausura de la Exposición «Luminaria. Dos milenios de Cristianismo en Almería»*, 10 de noviembre de 2007.

³ Cfr. JUAN JOSÉ ASENJO PELEGRINA, *Catedrales y monasterios patrimonio mundial*. Seminario para el estudio de edificios Patrimonio Mundial de origen eclesástico. Sevilla, 26 a 29 de noviembre, p. 21-26.

⁴ MARÍA ANTONIA LABRADA RUBIO, *La belleza que salva: comentarios a la carta a los artistas de Juan Pablo II*, Rialp, Madrid 2006, p.116-117.

religiosos. En ocasiones se habla de *ponerlos en valor*, apuntando casi siempre a los réditos económicos para el turismo o el comercio, que nunca pueden constituir un objetivo inmediato o preferente, sino más bien una secuela del fin principal, que es la gloria de Dios.

7. Pero además, en el origen de nuestros tesoros artísticos hay una finalidad evangelizadora. Así ha sido a lo largo de los siglos, si exceptuamos el breve periodo de la crisis iconoclasta. La Iglesia, en su afán por llevar la Buena Noticia de la salvación a todas las gentes, ha buscado siempre la *vía pulchritudinis*. Así lo reconocía el papa Juan Pablo II en la citada *Carta a los artistas*⁵. El papa Benedicto XVI nos pidió múltiples veces recorrer en la pastoral el camino de la belleza. Siendo todavía cardenal, en el *meeting* de Rímini de Comunión y Liberación en agosto de 2002, nos dejó esta idea verdaderamente luminosa: *“la verdadera apología del cristianismo, la demostración más convincente de su verdad contra todo lo que lo niega, la constituyen, por un lado, los santos, y por otro la belleza que la fe ha generado. Para que hoy la fe se pueda extender, tenemos que conducirnos a nosotros mismos y guiar a las personas con las que nos encontramos al encuentro con los santos y a entrar en contacto con lo bello”*⁶. El papa Francisco por su parte estima también que la belleza, en la variedad de sus formas, significa una oportunidad insustituible para la evangelización en nuestro tiempo⁷.

8. En la coyuntura que hoy vivimos, estas palabras cobran una especial actualidad. Junto al arte de la santidad, la contemplación de la belleza es un recurso muy eficaz para evangelizar a un pueblo cada vez más alejado de las verdades de la fe. La belleza tiene más fuerza de transformación que la metafísica y la ética. Tiene también el poder de dignificar la vida de las personas. No se trata de recurrir al mero esteticismo, sino de subyugar con la belleza, que siempre constituye una forma superior de conocimiento, porque remite a la suprema belleza que es Cristo.

9. Los bienes culturales de la Iglesia surgieron, pues, también con una finalidad catequética. Los frescos de las catacumbas o de las basílicas paleocristianas, los mosaicos de las basílicas constantinianas de Roma, los iconostasios bizantinos, los frescos de las iglesias rupestres de Capadocia, o de las iglesias mozárabes, por ejemplo san Baudelio de Berlanga en la provincia de Soria, las pinturas de las iglesias románicas del Pirineo catalán, de los santos

⁵ N. 7.

⁶ JOSEPH RATZINGER, *Caminos de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2004, p.39

⁷ Cfr. Carta Apostólica del Santo Padre Francisco en forma de Motu Proprio “Sanctuarium in Ecclesia”, con la que se transfieren las competencias sobre los santuarios al Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización (1 de abril de 2017)

Justo y Pastor y de san Clemente de Segovia, el pantocrátor del ábside de San Clemente de Tahull, hoy en el Museo Nacional de Arte de Cataluña, o la ermita de Santa María de Arcos de Tricio en la Rioja, han sido para legiones de cristianos *escalas de Jacob*, puesto que les han llevado al encuentro con Dios.

10. Otro tanto cabe decir de las portadas románicas, las vidrieras góticas, y los grandes retablos góticos, renacentistas o barrocos, que han sido para muchos cristianos la *litteratura laicorum*, el catecismo de los laicos, como se les llamó en la Edad Media, o el *Evangelium pauperum*, el Evangelio de los sencillos, de los iletrados, en feliz expresión de san Gregorio Magno en su carta a Sereno, obispo de Marsella, que en los años finales del siglo VI había mandado destruir las imágenes porque entendía que el culto a las representaciones plásticas del Señor o de los santos era idolatría. Este es el texto del papa Gregorio, que muy pronto se hizo clásico: *“Una cosa es adorar una pintura y otra servirse de una pintura para conocer a quien hay que adorar. Porque lo que un libro proporciona al que lo lee, eso es lo que una pintura ofrece a los analfabetos que la contemplan, pues en ella los ignorantes ven cómo tienen que comportarse, en ella leen los que no tienen letras”*⁸.

11. Algo parecido afirma en Oriente el abad san Nilo de Ancira en los finales del siglo IV en carta a Olimpiodoro, prefecto de Constantinopla, que le pedía consejo sobre la decoración de las basílicas. Tal consejo es el siguiente: *“cubrir las paredes con narraciones del Antiguo y del Nuevo Testamento, pintadas por un buen pintor, de manera que los rudos e incapaces de leer las Sagradas Escrituras contemplan en figuras las obras realizadas por los que sirvieron a Dios y se estimulen a imitarlos”*⁹. Podríamos citar en este sentido a san Agustín que comprendió con especial lucidez que la belleza de lo creado despierta en el corazón humano la nostalgia del infinitamente Bello. Otro tanto pensaban en la Edad Media Hugo de san Víctor y san Buenaventura, que entendían que la belleza nos acerca al misterio de Dios.

12. El arte cristiano ha sido siempre la Biblia en piedra, en madera, en tela o en metal con la que el pueblo cristiano, que mayoritariamente no sabía leer o escribir, aprendía las verdades fundamentales de la fe. El arte religioso ha sido a lo largo de la historia de la Iglesia una vía privilegiada de pedagogía de la fe, una pedagogía que ha contribuido a formar comunidades vivas, unidas por la fe, la esperanza y la caridad, algo que en esta hora hemos de tratar de recuperar.

⁸ *Carta a Sereno*: PL 77, 1128.

⁹ *Carta a Olimpiodoro*: PG 79, 578-579, cit. por J. PLAZAOLA, *Historia y sentido del arte cristiano*, BAC, Madrid 1996, 78-79.

13. Nuestros bienes culturales narran plásticamente la Historia de la Salvación, que ha sido su fuente de inspiración. Por ello, la iconografía cristiana puede ayudar al conocimiento de la Palabra de Dios y de las verdades de la fe, que han iluminado a los artistas. Hoy esto es más fácil que en épocas pasadas. Vivimos inmersos en la llamada *cultura o idioma de la imagen*. El hombre de hoy está más habituado que la generación de nuestros abuelos al lenguaje de las imágenes. Estas, en efecto, visualizan el misterio y nos aproximan a él.

14. Lo afirmaba san Juan Damasceno en su sermón primero sobre las imágenes: *Las imágenes con una palabra tácita enseñan a aquellos a quienes las contemplan y hacen atractiva a la vista la santidad. Cuando no tengo ganas de estudiar y dispongo de tiempo libre, me voy de buena gana a la iglesia y contemplo las pinturas... Acarician mis ojos como las flores del campo, y la gloria de Dios desciende a mi alma*¹⁰. En otro pasaje del mismo sermón afirmaba que, *la belleza y el color de las imágenes estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para dar gloria a Dios*¹¹.

(Ahora interviene D. Juan José)

15. No es ocioso que recuerde, aunque sea muy de pasada la peripecia religiosa de dos ilustres conversos, ambos franceses: Paul Claudel (1868-1955), poeta y diplomático, y de André Frossard (1915-1995) escritor y periodista. Sus testimonios son verdaderamente conmovedores y nos demuestran cómo el Señor se sirve de la belleza para tocar el corazón. Paul Claudel, en la mañana de Navidad de 1886, tratando de buscar argumentos para ridiculizar a la Iglesia, como él mismo confiesa, penetra en Notre Dame de París mientras se celebraba la Eucaristía. Algo debió sentir, pues volvió por la tarde mientras se cantaban las vísperas. Según él mismo nos dice quedó subyugado por la majestuosidad del gótico catedralicio, por la música del órgano y por la belleza de lo que después él supo que era el Magnificat gregoriano, entonado por un coro de niños y el coro del Seminario de Saint Nicolas du Chardonnet. La belleza del templo, la música y la dulzura del *Adeste fideles* final, le envolvieron de tal modo que su agnosticismo, como él mismo escribió más tarde, se vio repentinamente sumergido en la suprema belleza que destella el rostro de Cristo resucitado. En esa tarde Claudel supo que a partir de entonces su único hogar era la Iglesia católica¹².

¹⁰ Sermón I de las Imágenes, PG 94, 1268.

¹¹ *Ibidem* PG 94, 1336.

¹² Así narra su conversión el propio Claudel: "Así era el desgraciado muchacho que el 25 de diciembre de 1886 fue a Notre-Da-

16. André Frossard, hijo del primer Secretario del partido comunista francés, educado en el más crudo ateísmo, encontró la fe cuando en una tarde de julio de 1935, entró en una pequeña iglesia del barrio latino de París buscando a un amigo y se encontró de bruces con Dios a través de la belleza, experimentando una alegría indescriptible, “una alegría –escribirá él después– que no es sino la exultación del salvado, la alegría del naufrago recogido a tiempo”¹³. Es el júbilo que experimentan todos los que se encuentran con Cristo salvador. Este puede ser el camino de otros hombres y mujeres de buena voluntad que se acercan a nuestros bienes culturales. A nuestro alcance está la posibilidad de tenderles la mano para que la belleza visible sea sacramento de encuentro con la belleza invisible de Dios, el único camino que nos lleva a la libertad, la comunión y la felicidad.

17. La verdad es que la dimensión catequética del patrimonio no se impone sin lucha. Las primeras generaciones cristianas, deudas todavía del judaísmo, se resisten a las representaciones figurativas. Pero muy pronto, a partir del año 200, se comienza a decorar con imágenes los lugares de reunión de los cristianos. El hecho de que el Concilio de Elvira, celebrado en el año 300 junto a Granada, lo prohíba¹⁴, es signo de que la costumbre iba afianzándose en las catacumbas, en las pequeñas iglesias del Asia Menor, en Hispania y, muy pronto, con la libertad de la Iglesia en el año 313, en baptisterios e

me de París para asistir a los oficios de Navidad. Entonces empezaba a escribir y me parecía que en las ceremonias católicas, consideradas con un diletantismo superior, encontraría un estimulante apropiado y la materia para algunos ejercicios decedentes. Con esta disposición de ánimo, apretujado y empujado por la muchedumbre, asistía, con un placer mediocre, a la Misa mayor. Después, como no tenía otra cosa que hacer, volví a las Vísperas. Los niños del coro vestidos de blanco y los alumnos del pequeño seminario de Saint-Nicholas-du-Cardonet que les acompañaban, estaban cantando lo que después supe que era el Magnificat. Yo estaba de pie entre la muchedumbre, cerca del segundo pilar a la entrada del coro, a la derecha del lado de la sacristía. Entonces fue cuando se produjo el acontecimiento que ha dominado toda mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y creí. Creí con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certidumbre que no dejaba lugar a ninguna clase de duda, que después, todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de mi agitada vida, no han podido sacudir mi fe, ni, a decir verdad, tocarla. De repente tuve el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios, de una verdadera revelación inefable. Al intentar, como he hecho muchas veces, reconstruir los minutos que siguieron a este instante extraordinario, encuentro los siguientes elementos que, sin embargo, formaban un único destello, una única arma, de la que la divina Providencia se servía para alcanzar y abrir finalmente el corazón de un pobre niño desesperado: “¡Qué feliz es la gente que cree! ¿Si fuera verdad? ¡Es verdad! ¡Dios existe, está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama! ¡Me llama!”. Las lágrimas y los sollozos acudieron a mí y el canto tan tierno del Adeste aumentaba mi emoción”. Cfr. PAUL ANDRÉ LESOR, Paul Claudel visto por sí mismo, Magisterio Español, Madrid 1970. A la conversión de Paul Claudel se refirió Benedicto XVI en una catequesis sobre Arte y oración en Castelgandolfo el 31 de agosto de 2011, con estas palabras: “¿Cuántas veces entonces las expresiones artísticas pueden ser ocasiones para que nos acordemos de Dios, para ayudar a nuestra oración o también a la conversión del corazón! Paul Claudel, famoso poeta, dramaturgo y diplomático francés, en la basílica de «Notre Dame» de París, en 1886, precisamente escuchando el canto del Magnificat durante la Misa de Navidad, percibió la presencia de Dios. No había entrado en la iglesia por motivos de fe; había entrado precisamente para buscar argumentos contra los cristianos, y, en cambio, la gracia de Dios obró en su corazón”.

¹³ ANDRÉ FROSSARD, *Dios existe, yo me lo encontré*, Rialp, Madrid 1988.

¹⁴ Se trata del canon 36, cuyo tenor es el siguiente: “*picturas in ecclesiis esse non debere, ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur*”; es decir, “no debe haber pinturas en las iglesias, para que no se pinte en las paredes lo que se venera y adora”. Cf. J.D. MANSI, *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio* II, Florencia 1759, col. 1-19; M. SOTOMAYOR Y MUÑOZ, “La Iglesia en la España romana”, en R. GARCÍA VILLOSLADA, *Historia de la Iglesia en España*, I, Madrid BAC, 1979, p. 1-400, esp. p. 111-113.

iglesias del mundo mediterráneo, cuyas paredes se decoran con pinturas al fresco del Antiguo y Nuevo Testamento para la educación en la fe de los nuevos cristianos.

18. El primero que elaboró un programa iconográfico para enseñar las verdades de la fe a través de la belleza fue el poeta de Calahorra, Aurelio Prudencio, hacia el año 400. Dicho programa para la decoración de las basílicas, redactado en verso, es conocido con el nombre de "*Dittochaeum*". Consta de 48 títulos de historias, cada una con cuatro versos, a modo de rúbricas explicativas para otras tantas escenas. Los 24 primeros son del Antiguo Testamento. Los otros 24 son escenas del Nuevo Testamento. En suma, se trata de plasmar al fresco una síntesis de la Historia de la Salvación, leyendo el Antiguo Testamento desde una perspectiva cristológica¹⁵.

19. El documento final de la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Cultura de marzo de 2006, titulado *La vía pulchritudinis, camino privilegiado de evangelización y de diálogo*, subraya que, desde los primeros compases de la vida de la Iglesia, el patrimonio ha sido considerado como un valioso subsidio en el vasto campo de la transmisión de la fe, de la evangelización y de la catequesis. Subraya también la relación profunda entre la belleza, la bondad y el bien. Sigue casi al pie de la letra al gran teólogo alemán Hans Urs von Balthasar en su obra *Gloria, una estética teológica, en la que afirma que nuestra palabra inicial se llama belleza... que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien*¹⁶. Efectivamente, la *vía pulchritudinis* nos conduce al encuentro con la verdad y con el bien, es decir con Dios, verdad primera, bien supremo y la hermosura misma.

20. La vía de la belleza es capaz de tocar el corazón y disponerlo para el encuentro con Cristo, el más hermoso de los hijos de los hombres como afirma el salmo 45, siendo puente también para el encuentro con su Evangelio. El citado documento del Pontificio Consejo para la Cultura afirma literalmente que "*la belleza artística suscita la emoción interior, provoca el silencio, el encantamiento, la salida de sí mismo, el éxtasis, donde la persona se encuentra como transportada fuera del mundo sensible por la intensidad del sentimiento experimentado*". Afirma también que la *vía pulchritudinis*

¹⁵ Cf. AURELIO PRUDENCIO, *Obras completas* (Ed. A. ORTEGA - I. RODRÍGUEZ), BAC, 1981, p. 747-767. Sobre el significado de esa obra prudenciana, vid. J.P. KIRSCH, «Le Dittochaeum de Prudence, et le monuments de l'antiquité chrétienne», en *Atti del secondo congresso internazionale di arqueología cristiana*, Roma 1902, p. 127 ss.; F. OGARA, «El Dittochaeum de Prudencio», en *Estudios Eclesiásticos*, 1 (1922) 132-135. Sobre lectura cristológica del Antiguo Testamento, J. L. MORENO MARTÍNEZ, "Figuras de la cruz en el Antiguo Testamento, según Aurelio Prudencio", en *Biblia, Exégesis y Cultura. Estudios en honor del Prof. Dr. José María Casciaro*, Pamplona 1994, p. 497-510.

¹⁶ H. U. VON BALTHASAR, *Gloria, una estética teológica*, Madrid, Encuentro, Madrid 1985, p. 22.

“invita a los nuevos Agustín de nuestros días, a los buscadores insaciables del amor, de la verdad y de la belleza, a elevarse desde la belleza sensible a la Belleza eterna y a descubrir con fervor al Dios Santo, al autor de toda belleza”.

21. En el momento presente, todos estamos convocados a la Nueva Evangelización, que como nos dijera Pablo VI, “*constituye la dicha y la vocación de la Iglesia, su identidad más profunda*”¹⁷. Él nos dijo también, y nos lo repitió docenas de veces Juan Pablo II, que la Iglesia vive para evangelizar y que la razón de ser de sus instituciones y de sus miembros no puede ser otra que el anuncio explícito de Jesucristo vivo, único salvador y redentor. En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* nos decía Juan Pablo II que en esta hora de la Iglesia y del mundo “hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: ‘ay de mí si no evangelizare’ (1 Cor 9,16)”¹⁸.

22. Esta tarea, como la santidad, no puede ser delegada a unos pocos *especialistas*, sino que debe estimular la acción de todo el Pueblo de Dios¹⁹, de todos los sectores de la pastoral diocesana y también de la parcela del patrimonio cultural. Nada necesita nuestro mundo con más urgencia que a Jesucristo, el único que puede dar respuesta a los grandes problemas del mundo, fuente de sentido, de seguridad, de firmeza y consistencia para el hombre y manantial de esperanza para todos. Como nos dejara escrito hace casi ochenta años el P. De Lubac, “*la Iglesia tiene la misión de hacer presente a Jesucristo, de anunciarlo, mostrarlo y darlo a todos. Todo lo demás no es sino sobreañadidura*”²⁰.

23. A veces podemos sentir un cierto pudor a la hora de hacer efectiva la misión evangelizadora de nuestros bienes culturales. A veces, al mostrarlos, el mensaje que queremos transmitir es tan implícito que se torna ininteligible, al menos para el pueblo sencillo. En otras ocasiones, destacamos sólo el servicio que la Iglesia ha prestado secularmente a la cultura o a los necesitados, o concebimos la visita cultural como una mera pre-evangelización, aplazando sine die, el anuncio explícito de Jesucristo. En la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* nos dejó escrito el papa Pablo VI que “*no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino y el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios*”²¹. No

¹⁷ *Evangelii Nuntiandi*, n. 14.

¹⁸ *Novo millennio ineunte*, n. 40

¹⁹ *Ibidem*, n. 40.

²⁰ HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1958, p. 214.

²¹ N. 22

es ocioso traer aquí el testimonio de un teólogo protestante, D. Bonhoeffer, ahorcado por la Gestapo poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial: “*No hay mayor impiedad que ofrecer al mundo algo menor que Jesucristo*”.

24. Nos encontramos con otro obstáculo: el cristianismo ha sido el principal motor del arte a lo largo de la historia y un manantial de creatividad artística de primer orden. Por ello, la secularización, la desertización espiritual, la crisis del hombre y la consiguiente ceguera espiritual, temas todos de los que nos ha hablado con profusión el papa Benedicto XVI, constituye hoy una inmensa pérdida para el arte. Así lo sentía el pintor Kandisky (1866-1944), en su obra “*De lo espiritual en el arte*”. En ella afirmaba que la decadencia espiritual ha conducido a la decadencia en el mundo del arte y a la exaltación de lo feo²².

25. No pocos críticos de arte manifiestan un malestar indisimulado ante la fealdad que ha invadido muchos de los nuevos templos en las últimas décadas²³. Consideran además que la fealdad artística no es solo un fracaso del arte, sino también un tránsito a la falsedad, dada la íntima relación entre belleza y verdad. Por lo mismo, la fealdad empobrece o impide la experiencia religiosa, puesto que propicia la incomunicación no solo con la verdad, sino también con la bondad y, en consecuencia, con el misterio de Dios.

26. En su obra *El idiota*²⁴, novela publicada en 1868, Dostoievski profetizaba que “*la belleza salvará al mundo*”. No se trata de una pretensión excesiva, porque el arte tiene entre otras la función de inyectar dosis de alma en las venas del mundo. Por eso es tan necesario reanudar el diálogo de la Iglesia con los artistas, interrumpido a raíz de la Ilustración. Es necesario también acompañar a los verdaderos artistas, porque si son capaces de vislumbrar en la belleza del mundo un destello de la belleza divina, entonces el arte abre un puente hacia la transcendencia, un camino hacia Dios que el hombre es invitado a recorrer. Así lo afirmaba el papa Juan Pablo II en la tantas veces citada “*Carta a los artistas*”. De este modo, el arte se convierte en un lazarillo que nos lleva de la mano hacia Dios, como escribiera san Juan Damasceno²⁵.

27. Más modernamente el escritor alemán Hermann Hesse, premio Nobel de Literatura en 1946, afirmaba categóricamente que “*arte significa: dentro de cada cosa mostrar a Dios*”²⁶. Algo parecido escribió la filósofo

²² VASILY KANDINSKY, *De lo espiritual en el arte: contribución al análisis de los elementos pictóricos* Paidós Ibérica, Madrid, 1996.

²³ “*Ese malestar es producto de una atmósfera viciada, y lo que vicia esa atmósfera es la fealdad. En las iglesias lo que respiramos es fealdad*” (F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *La indignidad en el arte sagrado*, Madrid 1961, p. 19. Cfr. AURELIO GARCÍA MACÍAS, *Arte y liturgia: Per viam pulchritudinis*, Valladolid 2014, p. 27).

²⁴ Publicada en 1868, III, cap. V.

²⁵ *Sermón II de las Imágenes*: PG 94, 1336.

²⁶ Cfr. AURELIO GARCÍA MACÍAS, *Arte y liturgia: Per viam pulchritudinis*, Valladolid 2014, p. 34.

fa judía Simone Weil (1909-1943)²⁷. Por su parte, el escritor inglés Clive S. Lewis, fallecido en Oxford en 1963, nos dejó escrito que *la belleza despierta la nostalgia de “nuestra patria lejana”*. [...] *La belleza hace llegar hasta nosotros una ráfaga [una bocanada de aire] del Reino*. [...]. El arte se torna así en un servicio a la evangelización y el artista, en un misionero y un don para el mundo.

28. Una vez más quiero repetir que el patrimonio cultural de la Iglesia, es decir, la belleza nacida de la fe y del manantial límpido y fecundo del Evangelio, es un puente tendido hacia la experiencia religiosa. Que esto no es una quimera y que el arte verdadero tiene capacidad para suscitar la nostalgia de Dios y de lo religioso lo demuestra la historia de la conversión del filósofo español Manuel García Morente, en su humilde pensión de exiliado en París el 29 de abril de 1937, mientras escuchaba en la radio la belleza sublime de la *Infancia de Jesús* de Héctor Berlioz, en este caso un bien cultural de naturaleza inmaterial e intangible²⁸.

29. Este es también el caso del filósofo personalista francés Gabriel Marcel (1889-1973), que confiesa la importancia excepcional que las Pasiones y cantatas de Juan Sebastián Bach ejercieron en su conversión y en

²⁷ “En todo lo que suscita en nosotros el sentimiento puro y auténtico de la belleza está realmente la presencia de Dios. Existe casi una especie de encarnación de Dios en el mundo, cuyo signo es la belleza. Lo bello es la prueba experimental de que la encarnación es posible. Por esto, todo arte de primer orden es, por su esencia, religioso”. Cfr. AURELIO GARCÍA MACÍAS, *Arte y liturgia: Per viam pulchritudinis*, Valladolid 2014, p. 34.

28 Este es el relato delicioso de su conversión escrito por el propio filósofo con destino a su director espiritual, don José María García Lahiguera, futuro obispo auxiliar de Madrid-Alcalá y arzobispo de Valencia: “Algo exquisito, suavísimo, de una delicadeza y ternura tales que nadie puede escucharlo con los ojos secos... Cuando terminó, cerré la radio para no perturbar el estado de deliciosa paz en que esa música me había sumergido. Y por mi mente empezaron a desfilar –sin que yo pudiera ofrecerles resistencia– imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo. Le vi, en la imaginación, caminando de la mano de la Santísima Virgen, o sentado en un banquillo y mirando con grandes ojos atónitos a San José y a María. Seguí representándome otros episodios de la vida del Señor: el perdón que concede a la mujer adúltera, la Magdalena lavando y secando los pies del Salvador, Jesús atado a la columna, el Cirineo ayudando al Señor a llevar la Cruz, las santas mujeres al pie de la Cruz... Y los brazos de Cristo crecían y crecían, y parecían abrazar a toda aquella humanidad doliente y cubrirla con la inmensidad de su amor; y la Cruz subía, subía hasta el cielo y llenaba el ámbito de todo y tras de ella subían muchos, muchos hombres y mujeres y niños; subían todos, ninguno se quedaba atrás; solo yo, clavado en el suelo, veía desaparecer en lo alto a Cristo rodeado por el enjambre inacabable de los que subían con Él; sólo yo me veía a mí mismo, en aquel paisaje ya desierto, arrodillado y con los ojos puestos en lo alto y viendo desvanecerse los últimos resplandores de aquella gloria infinita, que se alejaba de mí... ¿Y qué me había sucedido? Pues que la distancia entre mi pobre humanidad y ese Dios teórico de la filosofía me había resultado infranqueable. Demasiado lejos, demasiado ajeno, demasiado abstracto, demasiado geométrico e inhumano. Pero Cristo, pero Dios hecho hombre, Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, a ése sí que le entiendo y ése sí que me entiende, a ése sí que puedo entregarle fielmente mi voluntad entera, tras de la vida. A ése sí que puedo pedirle, porque sé de cierto que sabe lo que se pedir y sé de cierto que da y dará siempre, puesto que se ha dado entero a nosotros los hombres. ¡A rezar, a rezar! Y puesto de rodillas empecé a balbucir el Padrenuestro. Y ¡horror! ¡Se me había olvidado!... Lo primero que haré mañana será comprarme un libro devoto y algún buen manual de doctrina cristiana. Aprenderé las oraciones; me instruiré lo mejor que pueda en las verdades dogmáticas, procurando recibirlas con la inocencia del niño, es decir, sin discutir las ni sopesarlas por ahora. Ya tendré tiempo de sobra, cuando mi fe sea sólida y robusta y esté por encima de toda vacilación, para reedificar mi castillo filosófico sobre nuevas bases. Compraré también los Santos Evangelios y una vida de Jesús. ¡Jesús, Jesús! ¡Misericordia! Una figura blanca, una sonrisa, un ademán de amor, de perdón, de universal ternura. ¡Jesús!”. Cfr. MANUEL GARCÍA MORANTE, *El hecho extraordinario*, Ed. Rialp, Madrid, 2002, p. 36-43.

su vida cristiana posterior²⁹. También para él la música fue la *porta fidei*, que le llevó a la fe.

30. Lo que decimos de las artes plásticas y de la música, puede decirse igualmente de la liturgia, que bien celebrada es arte, el *ars celebrandi* del que nos ha hablado con frecuencia Benedicto XVI. Es el servicio de la *mistagogía*, palabra griega bien conocida en la tradición eclesial, que designa la tarea de introducir a los fieles en los divinos misterios que se celebran en la liturgia, pasando de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los sacramentos a los misterios³⁰. La liturgia celebrada con una solemnidad no efectista, en una iglesia hermosa, con la sobriedad y la sencillez de lo auténtico, y mucho más si está acompañada por una música bella y el complemento de un órgano de tubos, es verdadera cultura, acerca a Dios y abre el camino a lo trascendente y, en definitiva, al encuentro con Él.

31. Es poco conocido el caso del Cardenal Jean Marie Lustiger, Arzobispo de París, polaco judío. Siendo todavía adolescente, como consecuencia de la persecución de los judíos en la Segunda Guerra Mundial, tuvo que huir con su familia a Orleans, escenario de su conversión. Un cierto día, que después él supo que era Jueves Santo, entró en la catedral. La impresión que le produjo el monumento, lleno de luces, flores, y fieles que acompañaban al Santísimo con fervor, hizo que volviera al día siguiente, Viernes Santo. La piedad del pueblo, el silencio y la belleza del gótico catedralicio le envolvieron y el Señor tocó su corazón. Ese mismo día decidió pedir el bautismo³¹.

32. En mi etapa de presidente de la comisión episcopal para el patrimonio cultural reclamé muchas veces a los responsables del patrimonio cultural de la Iglesia en España la necesidad de potenciar la dimensión evangelizadora del patrimonio artístico de la Iglesia. Pedí valentía, audacia y caridad pastoral en los responsables, delegados diocesanos, directores de museos, párrocos o canónigos. Aconsejé también imaginación para articular un discurso discreto, respetuoso y alejado del proselitismo, pero al mismo tiempo explícito, sin complejos, atractivo y convincente en la palabra de los guías y demás técnicas de intermediación. No basta crear museos. Es preciso dotarles de una impronta evangelizadora, para que sean, como dice el documento tantas veces citado del Pontificio Consejo para la Cultura, “*nuevas epifanías de la belleza*”.

²⁹ Cfr. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS, *La filosofía de Gabriel Marcel*, publicado en ABC el 10 de febrero de 1974, p. 149. Cfr. También el interesantísimo artículo de MIGUEL ÁNGEL GARCÍA OLMO, titulado *Belleza tan antigua y tan nueva...* publicado en Arvo.net.

³⁰ *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1075.

³¹ J. M. LUSTIGER. *La elección de Dios. Entrevistas realizadas por Jean Louis Missika y Dominique Wolton*, Barcelona 1989, p. 36.

33. Antes de venir a Andalucía tuve ocasión de conocer cerca-namente el patrimonio impresionante de las diócesis de Castilla- León y sus iniciativas pastorales y evangelizadoras concretadas en el espléndido programa conocido como *Edades del Hombre*. Ya en Andalucía he tenido ocasión de conocer la exuberante riqueza artística de esta tierra y he tratado de poner mi granito de arena para poner en marcha en Andalucía algo semejante. Dios quiera que los pasos que hemos ido dando en estos años interrumpidos por la pandemia, se vean coronados por el éxito. Las diócesis andaluzas tienen una riqueza artística imponente que debe ser aprovechada en el campo de la enseñanza religiosa escolar, la catequesis y la formación de los laicos cristianos.

34. En la tarea de aprovechar las potencialidades evangelizadoras de nuestro patrimonio chocamos con una dificultad fundamental, la secularización de la sociedad, impermeable ante lo religioso, y las presiones que la Iglesia recibe cada día de determinadas instancias para que despoje su discurso de referencias a la fe, pretensión ésta contraria a toda lógica, puesto que una obra de arte que ha surgido por y para la fe no puede entenderse sin apelar a la fe que la creó. Efectivamente, el creciente debilitamiento del sentido sagrado del patrimonio religioso, fruto de la secularización que a todos nos envuelve, tiende a considerar únicamente los aspectos estéticos y culturales de estos bienes o su dimensión económica como generadores de riqueza.

35. La Iglesia no niega tales valores culturales, ni sus potencialidades turísticas o incluso económicas, que en todo caso serán una redundancia, pero que nunca podrán ser las finalidades decisivas. Y digo esto a propósito de algunas instituciones públicas, que están elaborando programas de explotación cultural y turística de algunas catedrales prescindiendo de su significación y destino religioso³². En el fondo, se parte de la base de que lo religioso es algo que pertenece al pasado, a una fase superada de la historia de la humanidad³³, estando inevitablemente condenado a extinguirse.

³² En el año 1999 la Consejería de Cultura de un gobierno regional presentó al obispo de una diócesis española todo un plan de "explotación cultural y turística" de una importante catedral, cuya gestión estaría encomendada a una Fundación al margen del Cabildo y en la que la Iglesia sólo estaría simbólicamente representada. El plan incluiría la creación de un centro de interpretación del edificio y de sus bienes culturales. En la propuesta no se negaba el carácter sagrado del templo. El culto, sin embargo, quedaba relegado a las primeras horas de la mañana o a las últimas de la tarde. En el entretanto se pensaba convertir la Catedral en un gigantesco museo, casi un *parque temático*, con una perspectiva muy alejada de su origen y de su significación primigenia. Otro tanto ocurrió en el año 2007 en una Diócesis castellana. La Consejería de Cultura correspondiente presentó todo un plan de explotación turística de un importante conjunto de iglesias románicas, elaborado por un conocido arquitecto. En dicho Plan se olvidaba a la titularidad y se prescindía de la significación religiosa de los edificios. Ni que decir tiene que ambos planes fueron rechazados por los obispos respectivos. Algo parecido, e incluso con más ambición y escaso respeto, se ha proyectado en el año 2017, por el Ayuntamiento de Zaragoza en relación con varios edificios religiosos emblemáticos de la ciudad.

³³ Con todo, a mi modo de ver, la mayor dificultad es intraeclesial y tiene un nombre, la secularización interna, que es la raíz fundamental de los problemas de nuestra Iglesia en esta hora, una realidad fatal que hay que superar mediante la conversión personal y también mediante la necesaria conversión pastoral. La secularización interna básicamente consiste en bajar los

36. Tales planes, que ignoran completamente la identidad propia del monumento, en este caso la catedral, entrañan una notable perversión, puesto que la degradan y envilecen. La finalidad de una catedral es muy otra: la gloria de Dios, el culto solemne, la oración, la evangelización y su condición de cátedra del obispo, finalidades todas ellas que justifican su existencia antes y mejor que cualquier otra consideración, todo lo cual entraña una dimensión cultural incontestable³⁴.

37. Termino ya agradeciendo a todos su atención. Si he conseguido ayudarles a descubrir las potencialidades evangelizadoras de nuestro patrimonio y su verdadera identidad, habré cumplido el objetivo principal de mi intervención, pues anunciar a Jesucristo a través de los bienes culturales es el mejor servicio que podemos prestar a nuestros conciudadanos, compartiendo con ellos el mejor tesoro que posee la Iglesia, Jesucristo, “*centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones*”, en expresión feliz del Concilio Vaticano II³⁵. Como nos dijera el papa Benedicto XVI en la inauguración de la Asamblea del CELAM en Aparecida (Brasil) en mayo de 2007, nosotros los cristianos sabemos mejor que nadie que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro para el mundo³⁶. Los obispos latinoamericanos y del Caribe, por su parte, en el mensaje final de aquella Asamblea, añadieron que Él “*es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida, la dignidad humana, la felicidad, la justicia y la belleza*”³⁷.

Antes de concluir quiero reiterar mi gratitud a los señores académicos por mi designación como miembro numerario de la academia. Agradezco también la presencia de las autoridades, el buen servicio que me ha prestado D. Isacio Siguero, secretario general-canciller del arzobispado prestándome su voz para la lectura de este trabajo. Gracias por fin a todos ustedes que han querido acompañarme en este acto muy importante para mí. Que Dios se lo pague.

niveles, en adoptar estilos pastorales irenistas o contemporizadores con la nueva cultura, para no entrar en confrontación con los dogmas seculares del momento, evitando provocar y herir susceptibilidades, para no hacer repulsivo el Evangelio. Refiriéndome ya a nuestros bienes artísticos y a su primordial función evangelizadora, quiero decir que es verdad que el actual contexto cultural nos condiciona, pero no podemos dejar que nos marque la perspectiva, mimetizándonos con la nueva cultura, apuntando a un ideal de mínimos y desconfesionalizando la visita a nuestras catedrales y museos que, ante todo, deben ser hogares de la fe y de evangelización

³⁴ A esta dimensión se refería en mayo del año 2000 don Fernando Chueca Goitia en un magnífico artículo publicado en ABC con el título “*La religiosidad y la arquitectura moderna*”.

³⁵ *Constitución pastoral Gaudium et spes*, 45.

³⁶ Palabras pronunciadas en la inauguración de la Asamblea del CELAM, en Aparecida (Brasil) en mayo de 2007, recogidas en declaración final de la Asamblea, n.146.

³⁷ El texto pertenece a la Declaración final, capítulo 8, titulado *Reino de Dios y promoción de la dignidad humana*, n.380.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

por el Excmo. Sr. D. Juan Miguel González Gómez

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Ángel Saiz Meneses, Arzobispo Metropolitano Hispalense.

Excmo. Sr. D. Benito Valdés Castrillón, Presidente del Instituto de Reales Academias y Academias de Andalucía.

Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos.

Dignísimas autoridades.

Señoras y Señores.

Permítanme recordar, a modo de introito, que el lunes 17 de mayo de 2010 tuvo lugar el Solemne Acto de Recepción, como Académico de Honor Extraordinario, de Mons. Asenjo Pelegrina como nuevo Arzobispo Diocesano de la Sede Isidoriana. Su discurso de ingreso versó sobre el *Pasado, presente y futuro del patrimonio cultural de la Iglesia*, cuyas potencialidades evangelizadoras quedaron bellamente sintetizadas en sus últimas palabras: “anunciar a Jesucristo a través de los bienes culturales es el mejor servicio que podemos prestar a nuestros conciudadanos, compartiendo con ellos el mejor tesoro que posee la Iglesia, Jesucristo, «centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones», en expresión feliz del Concilio Vaticano II”.

Hoy, martes 24 de enero de 2023, D. Juan José Asenjo, Arzobispo Emérito de Sevilla desde el 17 de abril de 2021, fecha en la que el Papa Francisco aceptó su renuncia al llegar su edad jubilar, enriquece la nómina de Académicos de Honor Numerarios de esta Real Institución, no en función de

su alto cargo de gobierno en nuestra Archidiócesis, sino por sus méritos propios, por su extraordinaria trayectoria en la defensa, conservación y difusión del patrimonio artístico de la Iglesia Católica.

Como prueba de todo ello baste recordar que D. Juan José Asenjo Pelegrina, nacido en Sigüenza (Guadalajara) el 15 de octubre de 1945, cursó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano Seguntino, siendo ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1969. Es licenciado en Teología por la Facultad Teológica del norte de España, sede de Burgos (1971). Entre 1977 y 1979, amplió estudios en Roma, donde realizó los cursos de Doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana y las Diplomaturas en Archivística y Biblioteconomía en las Escuelas del Archivo Secreto y de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

En la Diócesis de Sigüenza trabajó en la enseñanza y en la formación sacerdotal. Fue profesor de Eclesiología e Historia de la Iglesia en el Seminario Diocesano (1971-1997) y vicerrector del mismo (1974-1977). Estuvo vinculado especialmente al Patrimonio Cultural como director del Archivo Histórico Diocesano (1979-1981), canónigo encargado del Patrimonio Artístico (1985-1997) y Delegado Diocesano para el Patrimonio Cultural (1985-1993).

Precisamente, en 1993, fue nombrado vicesecretario para asuntos generales de la Conferencia Episcopal Española, cargo que desempeñó hasta su ordenación episcopal el 20 de abril de 1997 como Obispo Auxiliar de Toledo y Titular de Iziriana, por designación de san Juan Pablo II. *A posteriori*, el 27 de septiembre de 2003, tomó posesión como Obispo de Córdoba. Luego, el 17 de enero de 2009 comenzó a ejercer el oficio de Arzobispo Coadjutor de la Archidiócesis Hispalense. Y el 5 de noviembre del citado año inició su ministerio como Arzobispo de Sevilla, al aceptar el Papa Benedicto XVI la renuncia del Cardenal Amigo Vallejo. Desde el 17 de abril del 2021, como se sabe, pasó a ser Arzobispo Emérito de Sevilla, ostentando el cargo de Administrador Apostólico hasta la toma de posesión de su sucesor Mons. José Ángel Saiz Meneses, el 12 de junio de 2021.

Entre 1997-1998 fue miembro de la Comisión Episcopal para el Patrimonio Cultural y desde 1998 a 2003, fue Secretario General de la Conferencia Episcopal Española. Asimismo, por entonces, fue copresidente de la comisión mixta Ministerio de Educación y Cultura-Conferencia Episcopal para el seguimiento del Plan Nacional de Catedrales. Fue también coordinador nacional de la visita apostólica del Papa Juan Pablo II a España (los días 3 y 4 de mayo de 2003). Por su colaboración en la preparación de esta visita papal, el 11 de

julio de 2003, a propuesta del Consejo de Ministros, S.M. el Rey Juan Carlos I le concedió la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

El 9 de marzo de 2005 pasó a ser Presidente de la Comisión Episcopal para el Patrimonio Cultural de la Conferencia Episcopal Española. El 8 de octubre de 2009, Benedicto XVI le nombra miembro de la Pontificia Comisión para América latina y el 25 de noviembre es elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, reelegido el 1 de marzo de 2011. Ese mismo año ingresó en la Orden de Malta con el rango de Capellán Gran Cruz Conventual *Ad Honorem*.

Por delegación de los Obispos del Sur fue responsable de la Pastoral de la Salud y Delegado para las Relaciones con la Unión de Religiosos Provinciales de Andalucía, junto con el Arzobispo de Granada, Mons. Francisco Javier Martínez Fernández; y desde marzo de 2020 es miembro de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura.

Tras proclamar los méritos curriculares aportados por el nuevo académico, realizaremos un breve comentario sobre su discurso de recepción, que ha versado sobre la via pulchritudinis. En esta ocasión, dadas las circunstancias que concurren, el prelado ha sido asistido por el M.I. Sr. D. Isacio Sigüero, Secretario General y Canciller de la Archidiócesis de Sevilla. Esto, señoras y señores, es lo que acometeremos a continuación con su anuencia.

Es obvio que el arte sacro, que hunde sus raíces en el mundo clásico, ha despertado siempre, desde las catacumbas hasta hoy, un especial interés en el espectador por su acierto compositivo, formal y cromático. Convence por la elocuencia, simbolismo y sencillez del relato. E incita a la reflexión sobre el asunto representado y a la comprensión de su mensaje subliminal, que se hace asequible aun a los más indoctos. El arte religioso, imbuido de la espiritualidad de cada época, se expresa conforme a la estética imperante en cada una de ellas. Tan es así, que las obras de arte son, de algún modo, un reflejo de la perfecta hermosura y una manera de encauzar el pensamiento humano hacia la divinidad. Gracias a ello, como acaba de comentar Mons. Asenjo Pelegrina, las personas, aun las no creyentes, perciben que, a través del camino de la belleza, se puede alcanzar la conversión y la eternidad. Este secular deseo de la Iglesia, ratificado por el Concilio Vaticano II, ha sido auspiciado por san Pablo VI y por los últimos pontífices de Roma.

En esta línea, el mensaje que Benedicto XVI remitió, el 25 de noviembre de 2008, al Arzobispo Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo Pontificio para la Cultura, ahora Dicasterio resulta incontestable. El Santo Padre comenta, con total convicción, que la belleza es una verdadera “vía para llegar

a Dios”, un certero camino de evangelización. El Papa Francisco, felizmente reinante, abunda sobre el particular, en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. En esta ocasión, el Sumo Pontífice pide a todos los creyentes, entre los cuales están los teólogos y los artistas cristianos, que profundicen en esa *via pulchritudinis* para que “todas las expresiones de verdadera belleza puedan ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús” (n.º 167).

Todo lo expuesto con anterioridad confirma lo que en 2000 dijo san Juan Pablo II, haciéndose eco de Fiodor Dostoievski, que “la belleza salvará al mundo” (*Carta a los artistas*, 16). Tan liberadoras y triunfantes palabras ratifican al unisono la doble aportación del auténtico arte religioso, nacido especialmente para el culto y la glorificación de Dios; y como medio eficaz para la evangelización, catequesis y religiosidad popular de todos los tiempos. Así, obviamente, lo “bello” y lo “verdadero” constituyen per se un maridaje perfecto. Ello justifica que John Keats, uno de los principales poetas del Romanticismo inglés, en su obra *Oda sobre una urna griega* (1819) haga hincapié en que “La belleza es verdad, la verdad es belleza; eso es todo lo que en la tierra sabéis, y todo lo que necesitáis saber”.

Y, es más, por si fuese poco, las obras de arte alientan la inteligencia humana para trascender de lo sensible a lo eterno, de lo visible a lo invisible y de lo terrenal a lo celestial. A este respecto, Pietro Antonio Domenico Bonaventura Trapassi, más conocido como Metastasio (1698-1782), escritor y poeta italiano, nacido en Roma, uno de los más afamados libretistas de ópera, se expresa con total claridad. En su obra *Paz entre la virtud y la belleza* escribe: “Luz divina, rayo del Cielo es la belleza, y hace celestiales los objetos sobre los cuales resplandece”. Tan brillante frase nos recuerda un texto veterotestamentario muy concreto. Evoca, sin duda, el pasaje bíblico de los orígenes del mundo y de la humanidad. Tras la creación del cielo y de la tierra, “Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno” (Gén 1,31). La complacencia divina es evidente, porque lo que percibió era asimismo bello. Y la belleza, como reflejo del arte, puede interpretarse como una plástica manifestación del bien. Así surge el binomio “belleza-bondad”, subrayado magistralmente por el filósofo griego Platón (h. 427-347 a.C.). Al decir que “la potencia del bien se ha refugiado en la naturaleza de lo bello” (*Filebo*, 65A).

Una consecuencia inmediata de esta corriente ideológica es el neoplatonismo. Escuela filosófica que floreció, principalmente en Alejandría, durante los primeros siglos de la era cristiana. Sus doctrinas no eran más que una renovación de la filosofía platónica bajo la influencia del pensamiento oriental.

San Agustín (354-430), uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina, fue de sus máximos exponentes. El santo Obispo de Hipona (395), como defensor de la iconodulia, ante la desatinada lucha iconoclasta de la antigüedad, sostiene que “porque las bellezas que a través del alma pasan a las manos del artista vienen de aquella belleza que está sobre las almas y por la cual suspira la mía día y noche” (*Confesiones*, X, 34). Esa belleza suprasensible es para dicho santo la verdad, es decir, Dios, de la que el arte es mera apariencia.

Sabido es que el II Concilio de Nicea (787) puso fin al problema, gracias al misterio de la Encarnación. El Hijo de Dios se hizo hombre, haciendo visible lo invisible. Por consiguiente, el icono pintado o esculpido es una evocación sensible del misterio. Razón por la cual la imagen sagrada, de tanta devoción popular, no se venera per se, sino por lo que representa. De ahí que a lo largo de la Edad Media se produzca un gran florecimiento del arte sacro, basado en las Sagradas Escrituras. Así, como ha expuesto Mons. Asenjo Pelegrina en su brillante discurso de recepción, sobre la *via pulchritudinis*, a través de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero se puede encontrar a Dios.

En definitiva, se trata de un discurso poliédrico, de profunda fundamentación teológica, donde afloran por doquier los valores inequívocos del humanismo cristiano. Tan sugestivos valores han sido siempre objeto de especial atención por parte de nuestro recipiendario, tanto en sus escritos como en sus intervenciones orales (homilias, disertaciones, conferencias, etc.). Todo lo cual evidencia que el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Juan José Asenjo Pelegrina, Arzobispo Emérito de Sevilla, reúne méritos más que suficientes para figurar como Académico de Honor Numerario de esta Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, que hoy le recibe con el respeto, el afecto y la admiración a la que se ha hecho acreedor durante su pontificado.

